

## LOS INTRUSOS

Todas la mañanas, como de costumbre, Jorge se fuma un cigarrillo para comenzar el día. Al humo de su cigarro, le habla a Virgilio; el perro que le acompaña desde hace varios años. –Pronto esto terminará–, le dice a su mascota mirando el horizonte sin fijarse en algo particular.

Virgilio le hace olvidar un poco la soledad en la que se encuentra. Hace dos meses que su esposa Clara y sus tres hijos se fueron de la vereda por temor a perder la vida. Jorge se quedó allí para salvaguardar las pocas pertenencias que tenían. Le dijo a su esposa que todo mejoraría y podrían volver a estar juntos en cuestión de días. Pero la situación es cada vez más difícil.

El poco ganado que les quedaba lo robaron; sólo se alimenta de yuca, plátano y, de cuando en cuando, de gallinas que lleva Virgilio robadas de ranchos vecinos. Los días son bastante largos y aburridos, además de calurosos. Jorge tiene siempre cerca una escopeta de caza que usará en caso de sentir alguna presencia extraña.

Cierta tarde, cuando no quedan más que algunos destellos de luz y los grillos y chicharras inician sus cantos estentóreos, Jorge percibe a lo lejos algunas sombras y escucha pasos entre la maleza. –Aquí fue–, dice con voz firme y autoritaria, mientras Virgilio ladra en defensa de su territorio. Le tiemblan las manos para disparar a pesar de la decisión, pero se contiene al ver de la oscuridad reciente que salen tres perros negros. –Nos llegó más compañía– le dice a Virgilio que sale batiendo la cola en señal de recibimiento. Jorge va por un poco de agua y la deja a los visitantes en el corredor del rancho. Se sienta en la mecedora y por unos instantes mira a los animales y recuerda, con un poco de nostalgia, a Virgilio cuando era más vigoroso.

Pasan los días y Jorge se entera por medio de un campesino que continúan matando personal en la zona y que han declarado como objetivo militar a quienes no abandonen sus tierras. Pero estas declaraciones no lo intimidan, por el contrario, en las noches se desvela pensando en cómo defender lo poco que le queda.

Jorge comienza a disminuir las porciones de comida que da a los perros, favoreciendo a Virgilio con la mejor parte. A los tres perros negros éste racionamiento los está volviendo agresivos. Cierta mañana Jorge observa cómo uno de ellos saca de un

agujero, cerca de un árbol de limón, un pedazo de carne vieja para alimentarse, entonces siente un poco de júbilo, va por su pala y se dedica por más de un día a escavar un agujero detrás de su casa. Ese sería su escondite en caso de que llegaran a buscarlo. Para camuflarlo enhebra varias hojas secas y maleza. Ahí dentro, nadie podrá encontrarlo.

Los perros continúan escondiendo raciones pequeñas de comida en diferentes agujeros alrededor de la casa. A Jorge le gusta observarlos desde la mecedora cuando cae la tarde. Esa es su rutina, pero en uno de esos largos días todo cambia.

Luego de tanto tiempo sin llover, una mañana amanece nublado el cielo; se siente venir una tormenta y lo confirma el fuerte ruido de los truenos. Las luces intermitentes de los relámpagos aclaran un poco el firmamento cargado de gris. Muy temprano comienza una llovizna que pronto se convertiría en una caudalosa tormenta. Durante todo el día llueve torrencialmente. El fuerte viento dobléga los árboles y los pájaros no se atreven a mojar sus plumas.

Al oscurecer, Jorge nota que los perros están nerviosos, ladran agresivamente con la mirada hacia el horizonte. En un resplandor generado por un relámpago el hombre ve en la distancia a tres hombres armados que se acercan. Se apresura a la cocina y en una lona envuelve unos pedazos de queso y pan junto a un tarro con café, luego corre a su escondite. Al saltar en el hoyo se percata de que se ha llenado de agua y le llega casi al pecho.

El sonido de la lluvia se mezcla con el ladrar de los perros. Debe ser paciente a la espera de la partida de aquellos hombres. El agua va más arriba del pecho, sube de nivel de manera vertiginosa, el ruido de la lluvia no le permite reconocer si los intrusos se marcharon. Al paso de las horas, el agua le llega a la barbilla, entonces decide arriesgarse a salir. Con el poco espacio que tiene para movilizarse dentro de su escondite trata, con su pie derecho, de encontrar una de las aberturas que hizo para que le sirvieran de apoyo. La percibe mínimamente, pues la tierra convertida en lodo la ha deshecho prácticamente en su totalidad.

Jorge continúa en la búsqueda de otros orificios, definitivamente en la parte inferior del escondite no queda la posibilidad de apoyarse, entonces intenta ubicar los que formó a la altura de la cabeza obteniendo los mismos resultados. El agua sube de nivel mientras el campesino lucha contra su destino.

Pasadas unas semanas Clara regresa a su terruño. Tiene fija en su mente la última imagen de Jorge despidiéndose, mandándole a ella y a sus hijos un beso con la mano. Siente una presión muy fuerte en el pecho al ver su casa saqueada, con el techo roto, las paredes sucias, el piso lleno de cosas inservibles. Se impresiona de ver tantas moscas revoloteando en los espacios. ¡Jorge!, grita la mujer, esperando alguna respuesta, pero sólo escucha el zumbido de las pequeñas necrófagas negras. Recorre cada uno de los rincones del rancho. Cada vez escucha más cerca una respiración interrumpida, llega a la habitación que fuera de los niños y bajo un armario alcanza a ver a Virgilio, o lo que queda de él, el pelaje forrándole las costillas; el pobre animal no tiene alientos ni para mover la cola.

Clara sale a la parte trasera de la vivienda e inmediatamente cubre su nariz para evitar el hedor del ambiente y se encuentra con unos intrusos ubicados a unos veinte metros de la casa; tres perros negros que se relamen protegiendo un hoyo profundo infestado de moscas y del cual sacan su delicioso manjar.